

BUEn HUM



40 CENTIMOS



—¡Chica, qué calor!... ¡M-e voy a quitar la careta!
—No, no, que así estás muy guapo!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BERNAD.—P^{rh}.



BUEn HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADBID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10 40 —
Año (52 —).....	20 -

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 -
Año (52 -).....	24 —

EXTRANJE a O

Union Postal

Trimestre.....	9 Desetas.
Semestre.....	16' —
Año.....	32 -

ARGENTINA (Buenos Aires)

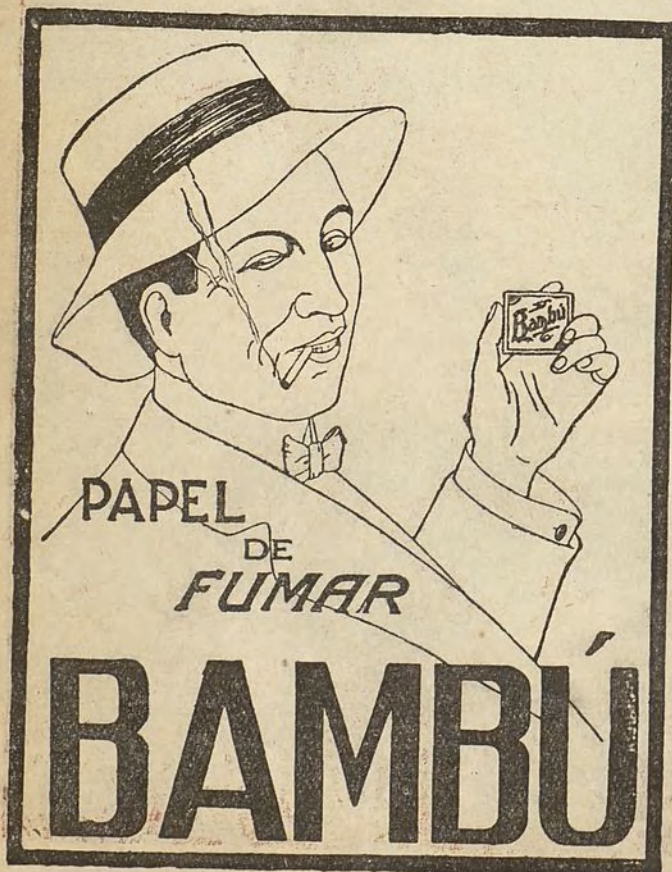
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ «50
Año.....	\$ 12
Número -suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para w v«>nta: Compañía Nacional de Artes Gráficas v Librería. S. A.. Apartado 603. Habana

REDACCION Y ADMi-i-ISTRACl u N

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



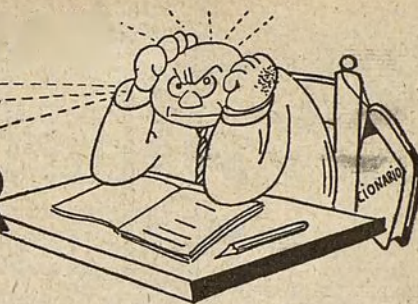


StillOM niKKilTIVA

■ M

BU

EltHUMÓR



por DIEGO MARSILLA

SOLUCIONES A LOS PASA-
TIEMPOS DE LOS MESES DE
DICIEMBRE Y ENERO

DICIEMBRE

50. Se llevó una claraboya.—51. Vete a dormir.—52. Plátanos.—53.—Pasa.
54. La finca esitá 'xodeada de casas.—
55. Las casti'gadoras.—56. Monosila-
bo.—57. Entró <ie aaribada.—58. La
sotedad die dos en compañía.—59. Lo
•de declarar la guerra fcuera de la ley.
^D. E« caripiiteiro d« ribera.—61. Ese
mo se mie desipiinta.—62. Los fabr-i-
cantes de paipel.—63. Hay más días
que lon-ganizas.—64. Porque si no pa-
gia no icobras tú.—15. De 'dento en
viento.—66. Han iperecLdo lo menos
cincuenta viajeros.—67. El duelo se
desrpMd« en el sitio de cosrtumblre.—68.
■110 malos "seis" toía.—69. La Iliada
y lia Eneida.—70. Los aecanitóros.—71.
Viivitens y 'ColeaiiMjto.—72. Un pariente
mio.—73. Por indooismentado.—74.
Amarrado a! duro bainco de una ga-
lera 'turquesca.—75. Como que es es-
patadanzari.—76.— Unos mál voteme-
li«.—77. Así se Tniinie.—78. Barcaro-
la.—79. Estaiba escrito.—So. Cáscara.
Si. Rameria.—82. IncisiivoSL.—83. De
©ste agua no beberé.—84. Que se que-
dó estuipefa-ota.—85. Liosa.—86. Ca,
no, a casa -con viento fresco.—86
(bis). Si, adelante.—87. Si, y así asis-
tirás ail ensayo.

ENERO

1. Si, él es mi(paffciaJ.—2. Una ami-
ga de rmf esiposa.—^3. No le des vaiel-
tais.—4. Pilatos.—5. Calmero.—6. Ese
es un oero a la izquierda.—7. Hablan-
do en plata.—8. Llevaba la maaio fue-
ra.— g. Un tipo strafallário.—10. A
maniobra.—11. Desencanto.— 12. E«
el Evangelio.—13. A vdlapié.—14. ¿En-
tre osos.—is. Peluijuiero.—16. Lo que
sea sonará.—17. Pana para mis pan-
taifones.—18. Monieira.—19. Sinonimia.
20. En español castizo.—21. Trámite.
S2. Cyteouírieños.—23. En fe'bw btis-
ca la soimibra el {;erro.—24. Novio.—
25. Sin ipies n'i cabeza.—26. A la vn«
ta. lo venden tinto.—27. En Canelsto-
lenda«.

ALBERTO Pulseras ae pedida
7. CARRETAS, 7

43.—Por haberle hecho burla,

SABIO

San Hermenegildo
DON RODRIGO
Oros Copüs Bastos

42.—Charada.

Esta (ioj *tercia* parece
miiy *una tres* y cae mal,
y es que de tela no tiene
para hacer ni una *total*.



LA TIA ELISA CRUZA LA CALLE

ii

CD« The Hum'rist, LoncJres.)

Perfumería L-D Belleza



PARIS y BERLIN
gran premio y medallas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLEZA.—Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar el cutis y es delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

SIRIO BELLEZA (contra las canas).—A los pocos días de usarlo desaparecen las canas, devolviéndoles su primitivo color con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana se evitan los *cabellos blancos*, pues sin *teñirlos* les da vida y color. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia, ni engrasa.

TINTURA WINTER, mares BELLEZA.—Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e imalterables. Pídanla *negro, castaño oscuro, cas-*

taño natural y castaño claro. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables *sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza y distinción (*blanca, rosada y Bachel*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumea de frescas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis.* Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las *amigas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva.

FIJADOR BELLEZA.—Mantiene fijo el peinado todo el día. Cabello con brillo y elegante.

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

ROSAS y claveles.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable aristocrático, intenso y varonil.

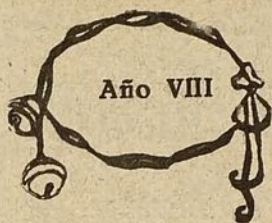
R fije a; Porigi? Sds^ (extra-añeja).—Constituye un incomparable *bouquet*, fino y de gran

DS VENTA en Perfumerías y Droguerías

En MEJICO: Cns pinera Forrellad y Morera, 6,*> calle del Pino, 233,—En BUENOS AIRES: Rocelio

González Díaz, 669.—En **USBOA: Lnciano Lonrcnzo, Avenida da Liberdade, 18**
En PANAMA: Pedro Pujóls, Farmacia Española, caJto B y.13 Oeste.

AVISO. Cuando no talle en su localidaa el jwoaticto que vvted desea, -pídalo a los
Fabricantes. ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (Esfrpana)

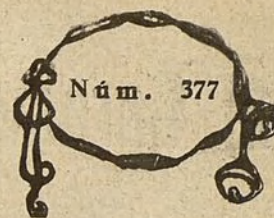


Año VIII

BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid ^ 17 de febrero de 1929



Núm. 377

CHARLAS DOMINICALES



INATAI!"

¡Qué recierdós. de juventud evoca ea nosotros este *ditlee* ucanbre tan lle-no de *dulces*!...

¡Cuán bien nos suena L...

¡Un poco a *hueco*, claro está; porque' Piñata signifi-ca *olla*!-. Pero su soni-dó es indudable que nos

habla de tieiwpos nveiores.

¡Qué días aquéllosL...

Años había en los cuales asistiainos, durante este famoso domingo, a cinco Lai ca consecutivos...

Asaltábamos, por la tSto'e, tres o cua-tro hogares ea los que se bailaba. Des-pués, por la Bodie, nos íbamos a la "Zarzuela". ¡No sé cómo teníamos hu-mor para irnos a la quinta Piñata!...

Pero nos íbamos. Y aun, al-gunas veces, terminábamos la *juerga* en el "Liceo Rius". Mu-chos bailarines, al salir de allí, ya no eran hombres para na-da... ¡Qué fat'al... ¡Qué can-sancio!... ¡Qué ojeras!... (¡Lo que darían hoy por unas ojeras así los "ases" de la pantalla!)

¡Juventud: diváno tesoroL...

(¡Divino y a veces taa escaso!)

¡Los tiempos cajnb'an!... El pelo blanco nos ha<> la "Pi-ñata" muy distinta. Hoy vivi-mos de los recuerdos, y la an-tigua *habanera* es *ckai-k'Stén*. y "Rius" se ha coavertid'o en 5; "Palae". Y aquella ingenua y panzuda *olla*, adornada con cintas, ha desaparecido dei te-cho de los salones.

La "Piñata" ha muerto de un *bajonaco*.

¡A la olla!...

¡En fin, paciencia!... La *olla* ha muerto; pero no es coso de ponemos a hacer *pucheros*!...

La tradición se va. (Adiós, h:ja!)

Y lo mismo que suce-le con la "Piñata" acontece con la "Ceniza".

También ha muerto el "Me-mento". - {¡Pdbw. picúiofl!)

El pasaáo miércoles fueron muy ,pocos '!(o'-fiünadorefl' • gúe

lograron convencerse *dé que todo en el viundo es cénica*.

Chupaban del puro y... ¡que si quie-res!...

Hay algo en la vida que no se con-vierte en *sales alcajiujs*, aunque lo que-men- Y son los cigarros de la "Arren-dataria". Con ellos no hay *vimiento* tranquilo. Arden de un modo *tan suyo* y tan *gracioso*, que hacen imposible la *sosa*. (Sal principal de la *ceniza*.) •

fero no divaguemos.

Esta "Charla" *piñaleica* y *cemicien-ta*, ha de ceñirse a entrambas fiestas cris-tianas. Más catállica, desde luego, la se-gunda que la primera, ya que la "Piña-ta" ejahala un tufo de *olla* romana que huele a paganismo desde muy lejos.

La *cenicienta*, en, cambio, es simbólica dentro del calendario gregoriano, o libro

de Marañón, Parece *■cO*" a dle cuento.

La Iglesia quiere recordar en este miércoles, a todos los mortales *que son polvo, y al polvo han de volver segura-mente*.

Este año los mortales ^ue asistieron ea Valencia a la "final" del "campeo-nato" de fútbol no necesitaron acudir a los altares para conveacerse de- tal verdad-

Si no *polvo*, por lo menos *barro* ob-servaron en abundaacia-

Viendo a los *mérengués* comprendie-ron que los lionAres son de *pasia* polvo-rienta- Y que en cuanto casi cuatro go-tas quedan convertidos en barro huma-no, en negro lodo, en bien poca cosa {*dos a uno, ganaixlo el "Eispaño!*"}

Tal es la significación dei célebre "Memento".

¡No somos naxia!--.

¡i'cho orgullo, mucha so-berbia, mucho *postili*, y, cuando menos lo esperamos, la *pahza*. ¡Toda vanidad acaba!...

Por muy invencibles que nos juzgtiemos, un día llega la *leña*. Y, tras la *kña*, la *re-nica*. No hay que quemarse.

¡Buen cuidado tuvimos nos-otros de colocamos en la fren-te la cruz bendita y simbólica!

Sabemos que somos polvo y qus al polvo vamos.

Pero tras ei miércoles de *ce-niza* vemos llegar, estoicos, el domingo de "Piñata".

Y a él llegaimos dispuestos a ooner en práctica aquel santo recordatorio... *Jn pnhéri-^ ré-vrrlérís*.

Divertirse honestamente es olvidar la muerte. Sin embar-go, nosotros, sin olvidar del to-do que *morir habimos*, pensa-mos pasar este domingo de "Piñata" del mejor modo po-sible-

"Ei muerto al *ho'o* y el vivo a la *-ólia*" !...

i SSiud para ron'perla vcon gracia les desea su siempre y boy jnás que nuiKst ' *devoto otnigo*,



Dib. 'Sil.EN'5;—Madria.

Luis. DE TAPIA

El Carnaval se va a paseo (y no de Rosales)

Cesó en su reinado Momo
y terminó el Carnaval,
portándose Momo como
en otros años, igual.

Haciendo muchas sa>ndeces
y entre otros tipos ex-traSos,
vi a los burros de otras veces
con los osos de otros años;
y dando bromas bestiales,
he 'Visto ecQtre aquel betón
a dos o tnee con ronzales
¡y les sentaban muy bien!...

Muchos, iqueriendo exhibir
mejor traje que cualquiera,
han sacado a retocir
un felpudo y una estera,
y con berridos salvajes
«mtinuaban ai camkio
luciendo sobre los trajee
hermosas mancflw de vino.

Entre aquella algarabía
<¡no juro por Buen Humor!)

vi sin disfraz la osadía,
con antifaz el pudor,
sin máscara la vergüenza
y muy tapado ed buen gusto
(quizá porque lia injknmza
no le diera algún disgusto).

Por estos otros detalles
el lector, cual yo, dirá
que el Carnaval de las calles
debiera haber muerto ya.

Que aunque el mimdo se haga e!
ve en la fiesta de la guafa [sordo.
que empieza el domingo gordo
porque ra gordo lo que pasa.

Los bailes son otra cosa...
¿Dónde mejor se va a estar
que entre tanta chica hermosa
que nos sonríe al mirar?

¡Y el antifaz, cómo incita!
Nos da a veces la sorpresa
de que oculta la bonita
cara de alguna marquesa,

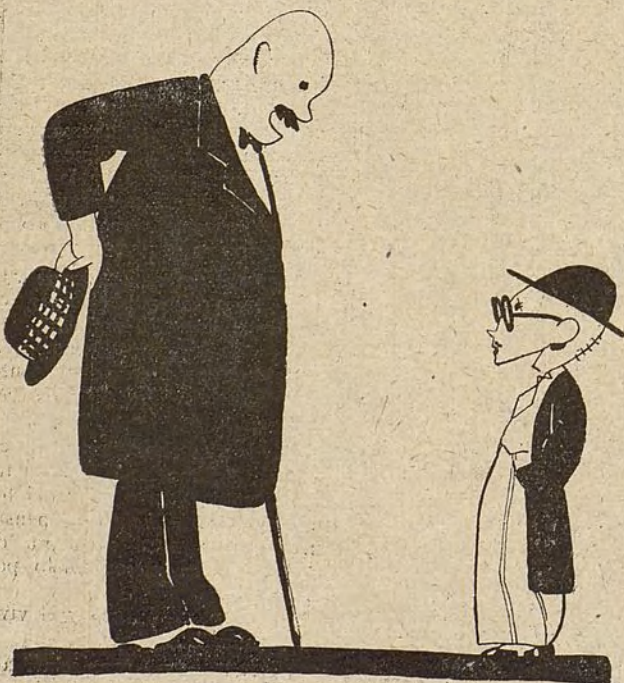
y cuando a la disfrazada
el rostro a! fin se la ve,
resulta que es la criada
o a^n mozo de café...

¡Oh, antifaz! ¡Cuánta ilusión
pones en los corazones!

¡Por eso los bai!«e son
tan ricos... en emociones!
¡Pero esto es cosa peKiida!
Aun af3, como en la vida,
las bromas resultan mal,
está de capa caída
el infeliz Camava!.

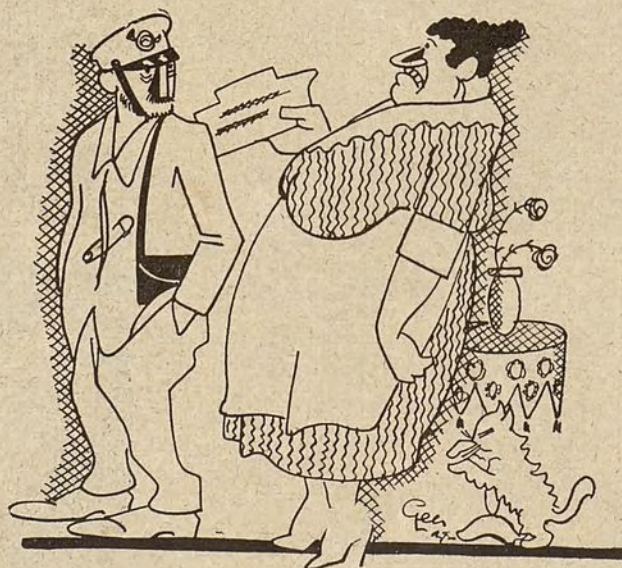
Yo con Momo no la tomo,
pero de verdad me temo
que esto ge va, ¡pero cómo!...
¡ ¡Siempre Momo ha sido memo,
pero es ya tan memo Momo
que el que ze acata es un romo
que quiere meter el remol!

X. X. X.



—¿Qué hay efe biieno, hombre?
—Poquita cosa.,

Dib. IHCNNTJ. Madrid.



—Sí, señora, le traigo la carta tarde; pero es
que he estado a la muerte.

—¿A la muerte? Y le vi a media noche en un
baile de Piñata.

—¡Ay, señora! Si me hubiese u'sted visto dos
horas después...

Dib. GEC. Turia.



—Vaya, han vuelto a subir el precio.
 —Empero, señorita, que esta vez me aumentará el salario.

D;b. CASTANYS.—JJaTeelona.

Maravillosa función de circo en Varsavia

(Cuento, con un Final de una lógica aplastante)

El circo en donde va a desarrollarse el drama que voy a referir a mis lectores estaba deslumbrador aquella noche de invierno, en la que, por cierto, hacía un frío espantoso y gendnamente polaco. Por fortuna, el programa era de abrigo; la calefacción, de vapor; y varios artistas, de Astrakán.

En las kicalidades caras se habían dado cita (y unos habían acudido y otros no, como pasa siempre) todos los personajes importantes de la capital. Señoritas guapas y señoras horribles (lo que en Varsovia se denomina el ionento femenino y elemento fecmenino) se inspeccionaban lanat? a otras con una impertinencia tan aris-

tocrática, que daba gusto. Y multitud de cal^llos, caá todos barrigudos y vestidos con chaqués de color tórtola, dejaban vagar sus miradas por el local, s^ramente para demostrar que concedían el mismo derecho a sus ojos, que al resto del cuerpo, es decir, que «n gHos vagaba todo, y que el que no pudiera hacer lo propio, que fe fastidiase.

No tendré que decir que en las localidades baratas bullía una muchedumbre gregaria, chillona, aristofanesca e inculta, con un olor a sudor de gato que encendía el peio; y que en la entrada general había más golfos que en la Geografía y más borra-

ohos que en Nueva York, y, por efecto de esto, más turcas que en Constantinopla y más papalinas que en Holanda. El contraste, por tanto, no podía eciair más acusado. Estaba tan acusado como si hubiera asesinado a un amigo por la espalda.

La orquesta, compuesta de veinte profesores absolutamente autonomistas (qi) más parecían profesores de gimnasia que de lo que aparentaban ser), estaba tocando un trozo de *La muda alegre*, demostrando su poco respeto a? difunto marido de la referida viudiUa. El maestro director llevaba los tiempos con la misma furia que si llevase un baúl a la estación, y el público acompañaba con tos pies aquel oonjonto de ruidos anarquistas y heterogéneos, no faltando espectadores que cantasen lee mismos motivos de la orquesta, aunque la orquesta daba motivos, no para que cantara el público, sino para lque los degollasen a todos implacablemente.

En un palco sonreía el gobernador: fa otro, el prefecto, que, por cierto, iba a dimitir al día siguiente; y en otro, el noble ciudadano señalado para ^stituirle en el caigo, o sea el futuro prefecto, para decirlo casi gramaticalmente. En suma, que no faltaba a la reunión nadie importante de la metrópoli. Es decir, miento: ihacia -un rato que la orquesta estaba faltando a la reuación, pero ya hemos visto que era irremediable 3a cosa, y no creo <ue baya necesidad de insistir en tan amargo tema.

Pero como no hay bien ni mal ni zapatos de treinta pesetas que cien años duren, la sinfonía acabó mejor de lo que debía haber a-oabado, y él ^ctáculo oircenie recabó la atención de ios regocijados concurrentes a ia h^ta,

Como primer número se exhibió un atleta que sostenía quince hombres a pulso, cosa que no me chcMjó, porque yo sostengo cosas más absurdas, oomo,



—¿Y por qué se encuentra usted aquí?

—Por haberm.e tomado una libertad.

Dib. DEL Ríbl—Barcelona.

BRILLANTINA EM[M/1T

LO MEJOR CONTRA LAS CANAS

por ejemplo, que la autopista Madrid-Valencia va a estai hecicha el año que viene. No cilBtaiit, iué aplaudido el tío y yo no lo lhe eido todaívia. ■Claro que yo no be sostenido «so de la autopista en una pista. Proouraré hacerlo y veremos si consiste en ello el ainhelado éxito.

D'pués del atleta salió a traba-jai un imitador de animales y fué ovacionado por la' facilidad con que reprodujo el balido de una oveja, el estornudo de un perro, el hipo de un hipopótamo, el canto de un grillb, el •trino de un cerdo y el ruido que bae •el jamón al freirse.

Los aplausos fueron tan bestiales •que tuvo que añadir nuevas imitaciβoes, entre las que creo juSto mencionar como meritísimas las que hizo del roiquido del lirón, del gritó sedicioso del biirro', de la discusión de la tortuga con la liebre, del monólogo de la codorniz y d« las espaittadas del •gallo...

Las ovadones se redoblaron y, como detalle curioso, consignaré qu® un espectador le pidió iQue imitase *al águila*, a' l*¿* cual contestó «d artista que le era knposible, porque él no había vendido nunca los trajes a diez duros, ni «reía que fuera negocio...

Y el espectáculo águíu su curso, y sobrevino otro número del prc^ama.

Esté era un equilibrista, nada más ■que relativamente idóneo, cuyo trabajo DO ofretía ningún interés. Lo más interesante estaba en el escaso sueldo-que le pagaba ía Empresa (una cosa •así como cuatro pesetas oon ochenta céntimos), -es decir: que donde había que verle a aquel hombre hacer equilibrios era en su caaa...

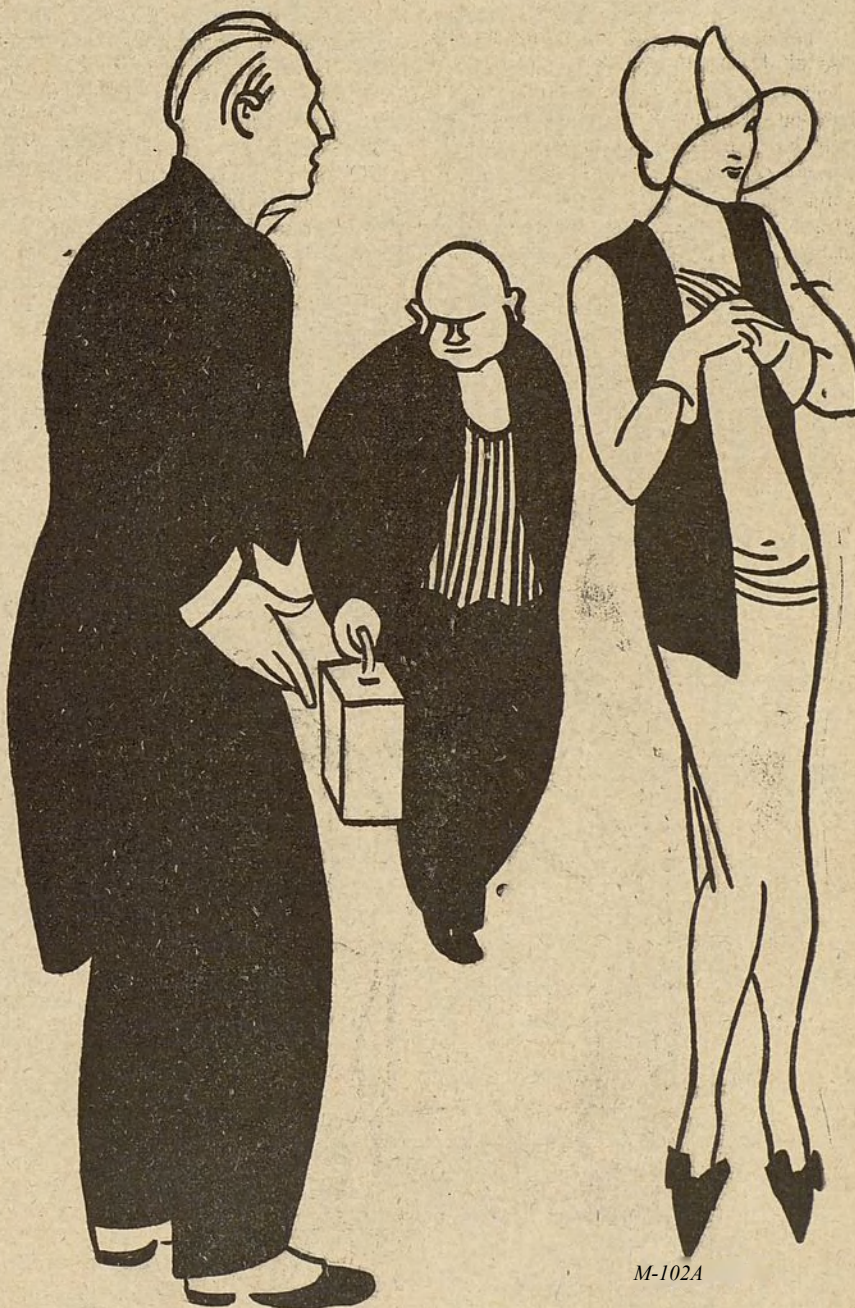
Vino luego un tirador al blaaco, de esos que donde ponen el ojo ponen la bala, salvo las veces que se distraen y donde ponen la bala quitan aigún ojo. Salió después a la pista una bellísima amazona, montando a la alta ^euela, y sorprendió mueho su trabajo, porque hasta entonoes en Vansovia se creía que la alta escuela era otra cosa: se creía, en suma, que era un colegio de niños instalado en un octavo piso. Se aplaudió muchísimo a la amazona, al comprobar que había venido a deshacer un error que estaba desprestigiando a la pobla- ■ción.

Y ad siguieron desfilando números Ante los atónitos y apapanatados ojos de los circunstantes, que cada momento Se (¿oni?idera)ban más fdices por ha-

ber aástido a tan cosmopolita función. El' gobernador estaba encantado, el prefecto decía que no había visto en eu vida nada tan *prefecto*, y el

otro prefecto decía lo mismo, *lo* que prueba que ninguno de los dos sabía' 'hablar oon cornección.

De pron'to, se iluminó el escenario



—Te escribiré dentro de tres o cuatro días. .

—Pero, mujer, ¿si te he dado dinero para un mes!

Dib. ALLOZA.— Madrid.

y UD ¡ahí! expectativo resonó en el vasto recinto. Iba a comenzar el número más abracadabrante del programa. Un timbre móvil lo snimció con bárbaro repique. Se trataba de la presentación de un domador de fieras atrevido que venía precedido de una fama tan trágica que encogía el corazón y arrugaba el epigastrio.

Al solo anuncio de la salida de tan intrépido ciudadano, recorrió todo el circo un escalofrío polar de emoción gratuita. Algunas espectadoras de nervios anómicos se desmayaron antes de salir; y otras, aún más sensibles, salieron antes de desmayarse.

Pero, pese a todo esto, y pese a

quien pese, el domador apareció dispuesto a todo.

Era gallardo de verdad, checoslovaco de nacimiento y soltero de afición, según el programa. Vestía un uniforme tan rotundamente masculino como él, y portaba un látigo también masculino, porque ya sabrán ustedes que los látigos femeninos se llaman fustas, y si no lo sabían, ya lo saben desde este momento.

Decidido y sonriente se aproximó a la enorme jaula, entró en ella sin llamar a la puerta y ordenó con un ademán que hiciesen entrar a las fieras. Dos disparatados cajones, con unas trampas más grandes que las que hacen los caballeros correctos cuando

BUEN EVMOH

Juán al tute, fueron adosados a la jaula y, poco después, surgían, a

Itz cuatro leones horripilantes con una melena tan dilatada que no tenía,

nada de garçon.

Un aparato de radio fué colocado cerca de la jaula para transmitir los rugidos a las estaciones receptoras del mundo entero. ES público contuvo la respiración todo lo que pudo, aunque procurando no llegar a morir asfixiados, y el emocionante espectáculo comenzó.

Varios ejercicios, a cual más espeluznantes, realizaron los terroríficos leones. Uno bailó el charleston, otro jugó al fútbol con el domador, y otro no tuvo más remedio que pasar por el aro como los huelguistas de Barcelona.

De súbito, sucedió algo "tremendamente espectacular.

El domador hizo abrir la boca al cuarto león e introdujo en ella su bien peinada cabeza. Quince minutos o quizás media hora duró aquella barbaridad; y durante tan largo lapso, el público, horrorizado y anhelante, reconvolvió en sus asientos (salvo los que estaban de pie en la entrada general, que eran tantos que no se podían revolver materialmente). ■

Al fin terminó aquello, con medio de una ovación indescriptible, por lo cual no la describo; y cuando el domador se disponía a corresponder con un saludo tierno al homenaje de las masas, el león hizo un gesto rítmico, que quisiera que le hubiesen ustedes visto, y comenzó a toser de un modo horrible y espantable.

El domador trató de atajar la inesperada carraspera con formidables cachetes en el lomo del animal, pero cuando eso de toser se hizo tan violento, que el pobre león se tuvo que apaciar en los hierros de la jaula, elevando al cielo sus ojos con infinita angustia.

—¡Vamos, vamos, Dick!—le gritó, su amo cariñosamente, a tiempo que le seguía propinando cacheitos—. ¿Qué es lo que te pasa?...

Y el león saltó indignado:

—¡Lo que yo me temía, con la estupidez esa de meterme la cabeza en la boca!... ¡Que me he tragado un pelo!...

Y siguió tosiendo, mientras el público desfilaba, ya más tranquilo, a ver que lo que tenía el león no era la gripe. Como temieron todos antes de que la fiera se explicase.



—¿Que yo soy serio? Soy el primero que ríe sus tonterías.

—Pues estará usted riendo siempre.

...Y LLOVIO CUARENTA DIAS CO^ SUS NOCHES...



Noé {lerendo el parte meteorológico'.—Tiempo seco, con mclinadón a buen tiempo.

Dib. SAMA.—Madrid.

BO D A S D E P I _ A T A

Cómo se convierte en solomillo el aguardiente de Gazalla

¡O he ceiebfáilo ya mis Doclas de plata con «l periodismo. Esto, así, de golpe, asusta uu poco. Uno se levanta una mañana, mira el calendario, hace memoria y exdama; «¡Pero si llevo veinticinco años ercribiendo en los papeles!...» Es de rigor poner-e un poco triste, como cuando, nos vemos, al coaitomplarnos en el espejo, las primeras -canas, o cuando aparecen revueltos entre nuestros papeles viejos los versos juveniles que dedicá-bamos a la vecinita del tercero. S'n embargo, en s'uida, viene la consoladora reflexión: «¡Caramba, no estoy del todo mal! Tcwd^ia podré festejar las bodas de oro...»

Lo peor es que luego da uno en hilvanar sus recierd^ y en evocar jan-ees, tipos, episodios, fatigas y alegrías del cuarto de siglo transcurrido. Entonces se advierte lo largo y panoso del tiempo que se nos había antojado un soplo. ¡Cuántas anécdotas graciosas, cuántos sucesidos pintorescos, cuántas escenas divertidas en oí correr de los años!... Y ge empieza a •c<Hnprender que Jorge Manrique escribiera aquella fruslería de «Cualquiera tiempo pasado fué mejor», que antes se no.s antnj.ib.T una e pe-de de gr^ueria sin la menor transcendencia.

Pero no hay que rendirse a la melancolía, ¡qué diablos! Ya que cumplió uno los veinticinco^ años periodísticos, y ya que gs inevitable recordar Ja. buena época de la mocedad, procuremos obtener algún provecho de ja propia amargura. A mi no se me había ocurrido nunca pensar que en mi vida hubiese algo interesante.

Y resulta que sí lo hay. No por mí, que s^ de una absoluta insignificancia sino por todo k> que en tomo mío he visto girar durante cinco lustros de lucha y de afanes. ¿Por qué no contarles—Danamente, en «haría de amigos, mientras fumamos un ci-ffirro y bebemos unos sorbos ele c.t-fé—, a'go de aquellos tiranpos? A lo mejor, esto les divierte a ustedes. Y, en último caso, me divertirá a mí, y evitará que mis evocaciones eean demasiado amaran < Porque, con el afán de traer a lá memoria los momentos aleares, ee irán perdiendr) en la 'ejo-nia los momentos de angustia, que es posible que hayan estado siempre en mayoría.

* * *

Claro e?;i que, cuando uno sp pone

a referir cosas pasidas, parece imprescindible de.cir, con cierto énfasis;

“En mis años de bohemia...”

Porque, vamecs a ver; ¿quién no ha sido a-^una vea un poco bohemio? Esto de k bohemia es de ima vulgaridad aplastante, cré;inne ustedes. Y, además, es inofensivo, mientras no se mezcla oon unas gotas de literatura. La picara literatura es la que nos corroe la vida. Todo el que anduvo a goipes con lee garbanzos—cuarido tropezaba con ellos, que solia ser en los días alternos—, y se vló en (la necesidad de dormir algunas noches en la Posada del Peine o en ■a de Barcelona, ha sido bohemio en iLadrid. La bohemia no eí ni más ni menos que eso: comer a largos plazos y dormir sobre lot^ duros colchones de borra tle un hostal—¿no es obligado escribir “hostal”-?—, pero hospitalario. Lo malo es que a uno sé le ocurra pensar que esto, que es tan corriente y tan poco ameno, puede servir para escribir un arículo o una ¡novela cortü. Entonces surgen Kos personajes fantásticos que ee llaman Han de Islandia, la señora Jacaliimanga. Doña Cundi, y otras taies que no son más que unos infeHces envenenados de “literatismo”.

Quedamos en • oue yo también he -ido- un poco bohemio, y he figurado entre la clientela de la Posada del Peine, y he devorado las bazofias d<; Prócuro, de “La V.íscongada”, de “La Precisa” y de la taberna de Boto. Pero si yo me pusiese a contar esto, ujetdes se aburrirían mucho. Es preferible, ya lanzado a recordar los

aiKB de miseria, referir algunos de los ingeniosoa- “trucos” a que recurría la gente de aquella época para conquistar un bisté con patatas. Estoy s^uro, por ejemplo, de que a Antonio Asenjo, el hoy ilustre director de la Hemeroteca Municipal ¿le Madrid y autor dramático aplaudilísimo, le hará muclia gracia ver cómo descTibro aquí nuestras ai^ucias para que el maestro don Mariano de Cavia nos pagiise Ja cena en el Colonial. Cavia—no oreo que en decir esto haya ofen;a para su memoria iueigne—, era ‘bebedor insaciable y lamoso. Y era tam^iieii pródigo y del-s-)rendido para con los amigos que acudían a hacerle la tertulia. Todo lo c[ue se servia en ía mesa del Colofiiol—o en la de “La Central”, o en la de “La Escocesa”, o en la de “La Cruz del Cam^w”—que ocupara dim Mariano, lo abonaba éste al camare-ro. Sin embargo, hay que hacer una aclaración. El servicio había de ser de algo líquido y alcohólico: cerveza, vino, coñac, rom, aguardiente... De lo otro, nada. Ni ¿«quiera café, que, según el maestro, era ‘Un lavatorio de tripas.

¿Compi’onden ustedes lo que significa esto? Asenjo y yo lk-gábamo’ de’madrugada a la tertulia de Cavi;i, y le saludálmoi con aquí’Ha devoción y ague’l ‘iifecto que el glori’i.-T, ¡periodista sab’ia. inspirar. Y enseguida venía Ja cordi:il y efusiva invitación.

—¿Qué van usteios a tomar, pollos? ¡A ver, ¡Infldito, sjrve a los pollos? lo qíie quieran!

Acudía Juanito, el camarero, y los pollos—de fallecidos dec<pnés de una est^il luna—e inuch.s horas por conseguí... mas pesetas... ^ apresuraban a decir, heohas agua las bocas:

—Yo tomaré un bocadillo de ternera.

DRQCREN

JABOÍJ DE ALMENDRAS

USELO

ES EL MEJOR TIWCTADO —A . mi dame café.

ÚF BFILÉ7A nt LA TIFL. Pero don Mariano noe ¡pipidaba con ?u repulsa enérgica.

—¿Qué es eso del café y del bocadillo? ¡Aqñi no manteneonos vicio!

■^uy yo quien convido, ¿eh? Y cuando f’invido yo, se sobrentiende que hay que iwber algo, ¿eh?... Beban, ¿ch? !

—Mli eran nuestras angustias y súdnres.

—Bueno, que me traigan anií del -Mono.

Y Asenjo aventuraba, malicioso:

—Don Mariano: ¿me tleja u’ted



ESPHODUno nE

LOS PERFUMES

DE TASARA

BADALONA

Ayuntamiento de Madrid



pedir unoB riñones ai jereiz, que ya lieien a'Bo de vino?

El maestro seguía inflexible.

—Pida j«rez, pero sin riñones, ¿eli?... Juanito, jerez y anís dei Mono para los pollos, ¿eh?...

Y, a punto de -darcar, Asenjo y yo salíamos del Co'<Hial tan hambrientos como habíamos entrado, y con ocho o diez "copazos" en el cuerpj.

Sólo que si la terquedad de Cávín era aragonesa, el ingenio de Asenjo era madrileño; es decir, ágil, desenfadado y agudo. El me comunicó ai plan, y una noche nos presentamos los dos en el café dispuesto a ponerlo en práctioa.

—Hola, pollos... A ver, Juanito, qué beben ios pollos. Beber, ¿eli?... Ya lo sabes, ¿eii?...

Y Asenjo replicó, frotándose las

—¡Naturalmente! Yo quiero una copa de CazaJla.

—Y yo otra—reclamé, tan resuelto como mi compañero.

Noe sirvieron el aguardiente, nos lo bebimos de un trago, y Asenjo insinuó, guiñándole un ojo maestro.

—Don Mariano, ¿podemos repetir?

—¡Pues, claro!... Beber, todo lo que quieran, ¿eh?... Sirve, Juanito...

Toda la noche estuvimos bebiendo cazalla, con una> bizzaría que embelesaba al maestro. Apenas ¿ camarero \-eptia el líquido en las copas lo trasegábamos nosotros, sin respirar y sin saborearlo. Y don Mariano decía, encantado:

—¡Así me gusta! Buenos bebedores, ¿éb?... Buenos discípulos, ¿eh?...

Al amanecer se disolvió la tertulia. En la puerta del Colonial nos despedimos nosotros de Cávía. Y volvimos a entrar en el- café, para sentamce de nuevo ante la mesa y llamar a Juanito con recias palmadas.

—Han sido ocho copas por barba, ¿verdad ^

—JustameBte.

—Que, a dos reales cada una, son.

según Pitágoras, ocho pesetas como ooho soles.

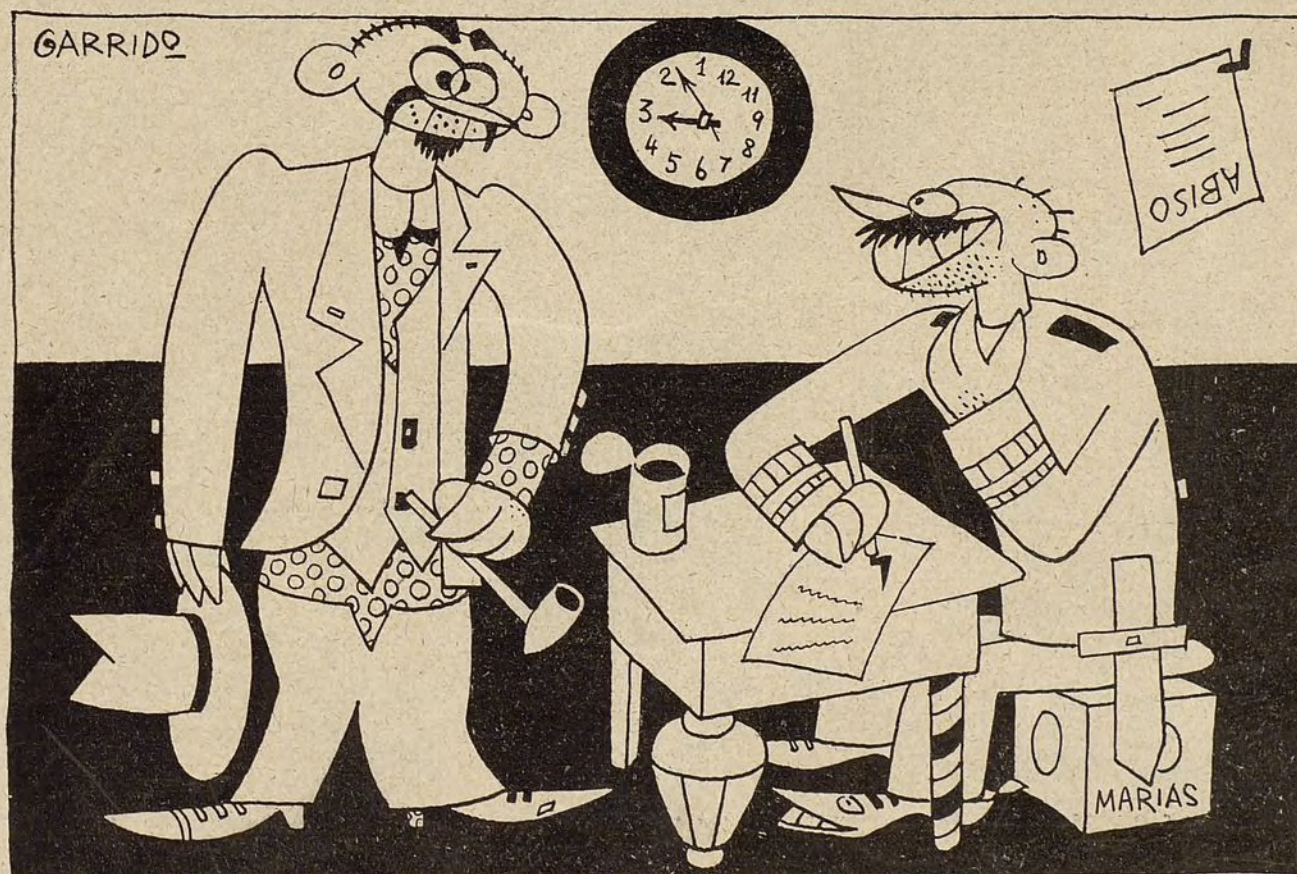
—Sí, señores.

—^Pues traes dos raciones de solomillo con patatas, una de queso, dos panecillos, una botella de Valdejeñías y dos cafés. Lo que sobre, -para ti.

—^Aí momento...

Asenjo había acordado previamente con Juanito que, en vez de CazaJla, nos sirviese agua clara cada vez que pidiésemos una. copa. El mozo, ante la perspectiva de una doble propina, no puso inconveniente nii^no. Ue este modo, y a costa del insigne don Mariano, Asenjo y yo convertíamos el aguardiente de Cazalla en rico Lozoya, primero, y en suculentto soilomillo, de^ué. Hasta que, para nuestra desventura, el maestro Cávía decidió trasladar ía tertulia a otro sitio donde no había un camarero tan comprensivo y tan bondadoso como Juanito.

• TARTABIN



FILIACION.

—¿Nombre?

—Alejo Feodorovino Gó'mez.

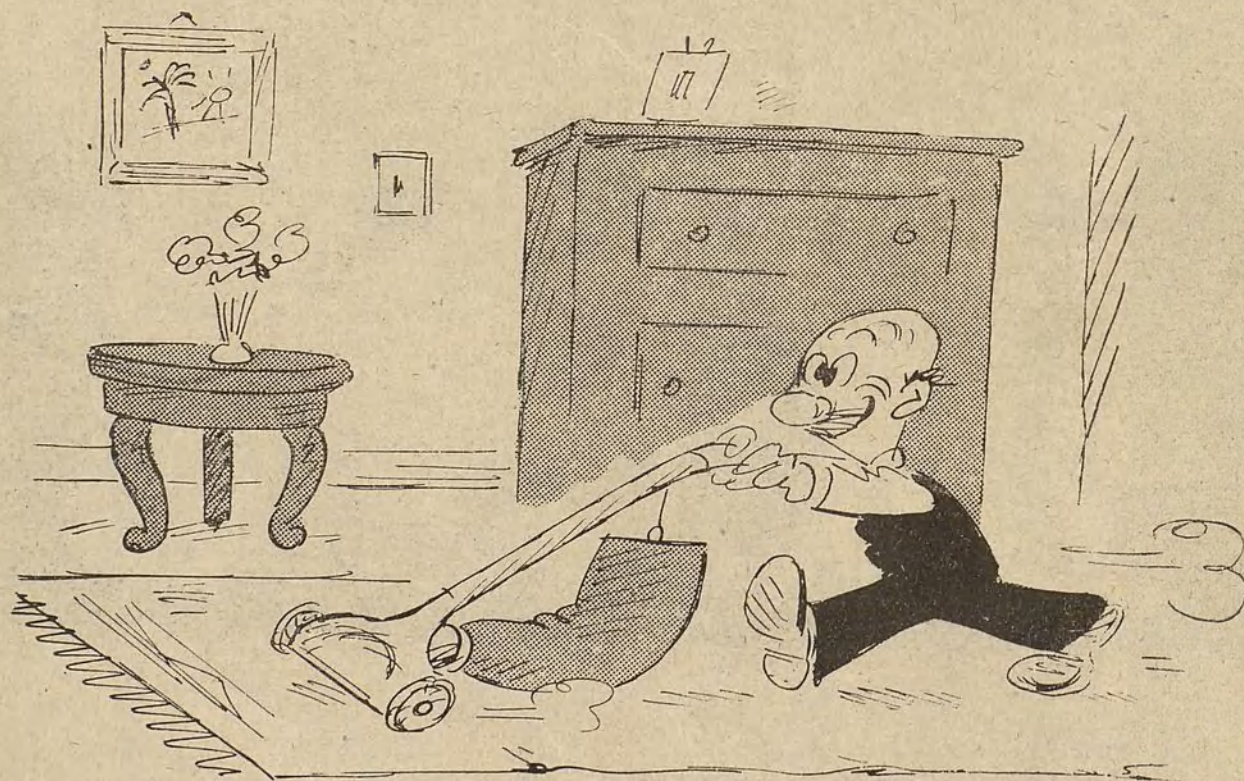
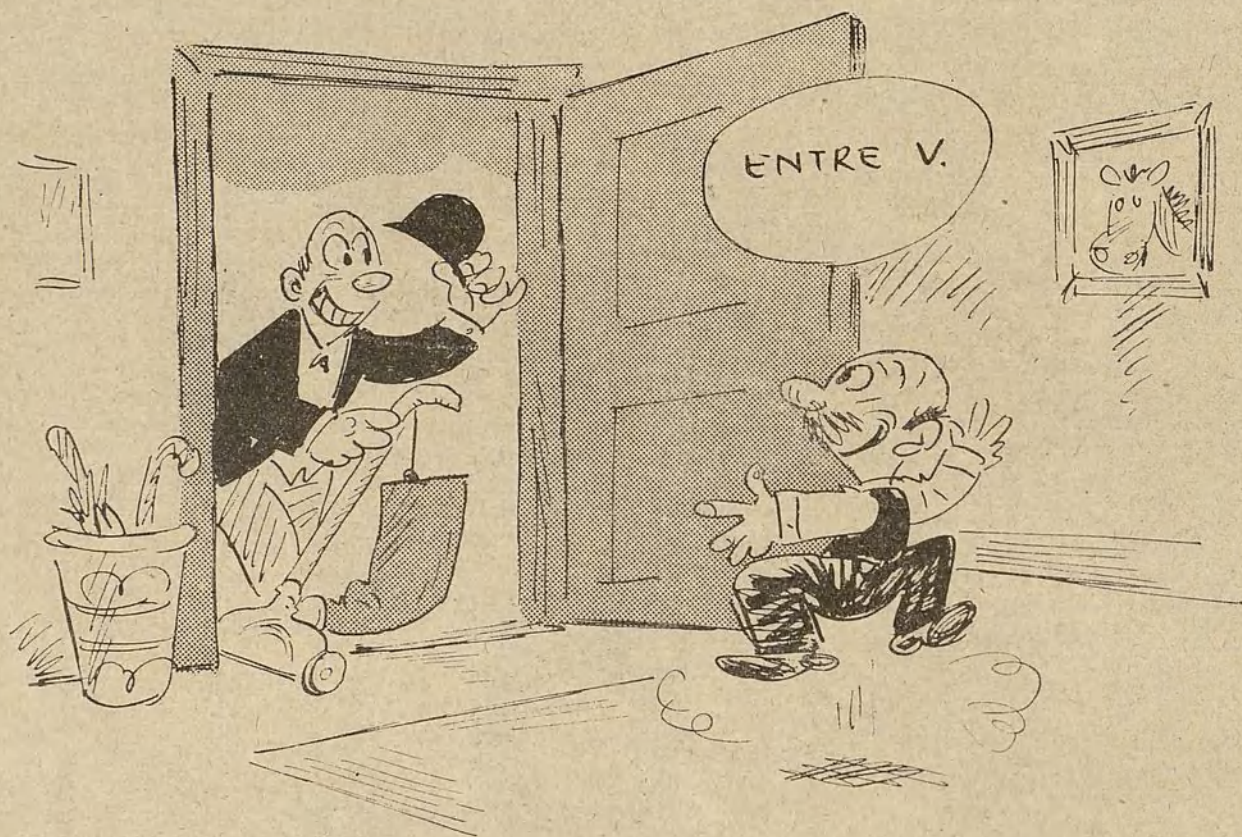
—¿Pi'O'fesión?

—Literato.

—¿Sabe usted leer y escribir?

Dib. G.ARKCOO. Madrid.

UN ASPIRADOR MUY UTIL





Dib. BERGSTROM Xiza.

SOY UN POLLO

Hace utiúi cuantos meses le confesé a un amigo que acababp. de cumplir cincuenta y cuatro años y, después de meditan ¡breves momentos sobre no sé qué, exclamó mi simpático camarada:

—¡Qué viejo eres, diiquino!...

La palabra *viejo* hirió mis órganos auditivos y eentí un frío en el corazón, como si me hubiera atravesado por helada hoja de ancha aibaeteña.

Claro, que lo que me dejó escarohado iué lo de "qué viejo eres", porque, al oír "¡hiquilio!", revivieron iac: mortecinae niñas de mis ojos y sentí por todo mi cuerpo ura enorme sensación de inefable gozo, a'go así como si me hubieran reglado en Turquía un harén con 145 musulmanas, (le quioce a veinticuatro año?, y una docena de eunucos para su custodia.

Ahora, que lo de viejo ya he tenido la íntima satisfacción de referirles a ustedes que me dejó la viscera cardíaca como eeta'ctica de gruta rileriana.

Cuando retesé a mi domicilio, me coloqué delante de un •bonito' armario de luna que poseo y contemplé detenidamente mi cabeza ^on ujia ansiedad indescriptible. Mil hilUlos de plata caracoleaban per entre mis sedosos y negros cabellos, dándome un asjjecto de caballero gris, como ahora se nombran a los semicanoso?, que, la verdad, no me iba mal de.3 todo; un pe'o negro y blanco entona muy bien con un rostro al're y un si es no es^ juvenil, que hace pensar, acto seguido, en un sujeto que tiene un excelente humor desde que se levanta hasta que vuelve a quedarse compk'tamenfee rogiie; de forma que, al ver mi cabello negro y Manco y la alegría de mi rostro, lancé un suspiro como para acatarrar a Uzcudun, y, exclamé: "El cabeJlo grts, pero con uiia alegría intern.')., y a la voz medí i peosionista, porque sa'ie a la cara, o dicho de una manera más lacónica, *Blanco y Negro y Buen Humor*. ¡Aún hay patria, Veremundol" y me marqué y en-toné unas eeguidillas con esta inppiraxia. letra:

Con el pelo entrecano
y esta faz mía.

que, aunque está un poco
tiene alegría,
me carcajeo
de quince mil gua,y¡vbos
del sexo feo.

ajada,

setenta y cinco años de su ajetreada existencia.

Diógenes, el cinico, era de edad de noventa y cuatro años, cuando lanzó el hipo final dentro de su mociei?tísimo tonel.

E5 conocido matemático Sr. Pitágoras era de paitenta y uno cuando hizo la suma total de lo que había invertido en esta Vida, y el célebre Aristóteles, cuando no dijo ni pío, era de cincuenta, como las de Logroño.

y ¿qué me dicen ustedes de Eru-lóetenes, el primero que encontró el modo de medir un grado de meridiano y determinar la oblicuidad de la plíptica, que a Jos ciento diez y seis, años, en vista de que aquello no llevaba trazas de coucluir de ninguna manera, se dejó morir de hambre? Pues, íi el *gachó* no íe imjwne ia dieta absoluta, yo creo que llega a alcanzar la amistad del simjjáLico conde de Rumanones.

Pues al col'a de! insigne doctor Marañoñ, Sr. Hipócrates, "el viejo divino", como le llamaban sus contemporáneos, le redactaron la esquila de defunción a .os ciento cuatro años, y creo que a última hora, ya muy enfermo, cuando vió que un compañero suyo recetaba, le dijo el ilustre galeno: "No; medicinas, no, que me váis a matar."

Y, saltando a una época un poquito más moderna, ahí tenemos a Leverrier, Ampère y Stephenson, septuagenarios.

A Newton, Kant, Franklín, HerscQiell, Volta, Humholdt y Chevreuil, octogenarios.

A. Leonardo da Vinci, Copérnicit, Galileo, Bradley, Leibnitz, Haller, Bossoovich, Darwin y Faraday, nonagenarios.

Y, en época muy modernísima. *El centenario*, de los hermanos Quintero.

Lamartine, a los <incuenta y ocho años, escribió *Los Girondinos*, viviendo despuÓ5 luengos años en perfecto estado de salud.

La Fontaine dió a luz, de setenta y cinco, los tres últimos tomos de fue célebres fábulas, y Chateaubriand, muy cerca de los setenta, publicó sus *Et^des*.

Y por .si pareciesen pocos todos es-

Acto e^uido, interrumpí en mi desliacho y comencé a alcanzar volúmenes y más volúmenes de mi dilatada biblioteca y a consultarlos uno por uno, que no ^ cómo ahora mismo no estoy ocupando una sombría celda en cuaiquier manicomio cercano a Madrid. Después de un detenidísimo estudio sobre k>s años, que vivieron les hombres más célebres, que hollaro^ n con sus piantai? este misero planeta que habitamos, vine a sacar, en cousecuencia, que, al lado de tantísimo loro, un servidor de ustedes es un pdlito, no para que le sirvan en una aristocrática mesa, porque está a'go duro y lo devolverían a la cocina; pero, en fin, a trancas o a barrancas, como vulgarmente se dice, un pollo.

Tengan ustedes la amabilidad de enterarse de la siguiente lósta:

El popularísimo *Moisés* falleció a la temprana edad de ciento veintisiete años, y a loe ochenta y cuatro, tuvo ja humorada de librar a 'os judíos.

Agésilao, el que sostuvo varios años la insurrección contra el segundo Artajerjes, alentó por última vez a los noventa y cuatro años, día más, día menos, que en e^to no están muy seguros loe historiadores.

Kong Fu-Tseu (Confucio), el célebre legislador chino, entornó los párpados para siempre entre lks eetaita y siete y setenta y ocho, y asombra pensar lo que hizo Julio César después de cumplir los sienta y cuatro, ya un poca gastada fu ilustre persona, y, por añadidura, calvo y sordo, derrotó a Pompeyo en España e Italia; destrcxnó en Egipto a To'omeo; dió la corona a Cleopatra; destruyó en Africa a Catón y a Metelo, y en Munda a Pompeyo, el joven. Deshizo en tres días las fuerzas sublevadas de Famace?, rey del Ponto, victoria que comunicó al Senado con el famoso *ve7ii vidi vid*; reformó lae leyes, arregló el calendario y se sentó a descansar sobre una otomana.

Don Julio acabó de penar a los

tos casos de longevidad, voy a citar a unos cuantos más; ahora, que van a ser muy pocos, porque tengo la seguridad completa de que los voy a -citar y no van a venir.

El inmortal Victor Hugo dió a la estampa, a los sesenta y dos años, su magistral obra *Los Miserables*; a los setenta y tres. *Loa males de un año terHble*, y, ya octogenario, *Tor-
■quemada*.

El fecundísimo Lope de Vega, a los sesenta y cuatro años, exhaló el postrer suspiro, después de haber pergeñado 1,800 comedias y de tener escritos 400 autos eá-cramentales. ¡Válgame el Todopoderoso!, y qué hombre aquel. Hoy no tiene ^0 autos ni la casa Ford.

Hay que reconocer que era un coloso -con toda la perilla.

Goethe no hizo uada que valiera la pena hasta los cincuenta y ocho años, ¡que se destapó con el *Fausto*., y, después; de transcurridos veinticuatro años, o sea a> ios ochenta y dos, publicó *Helena*, la segunda parte de *Fausto*, según ya saben ustedes, por que se lo acabo de decir.

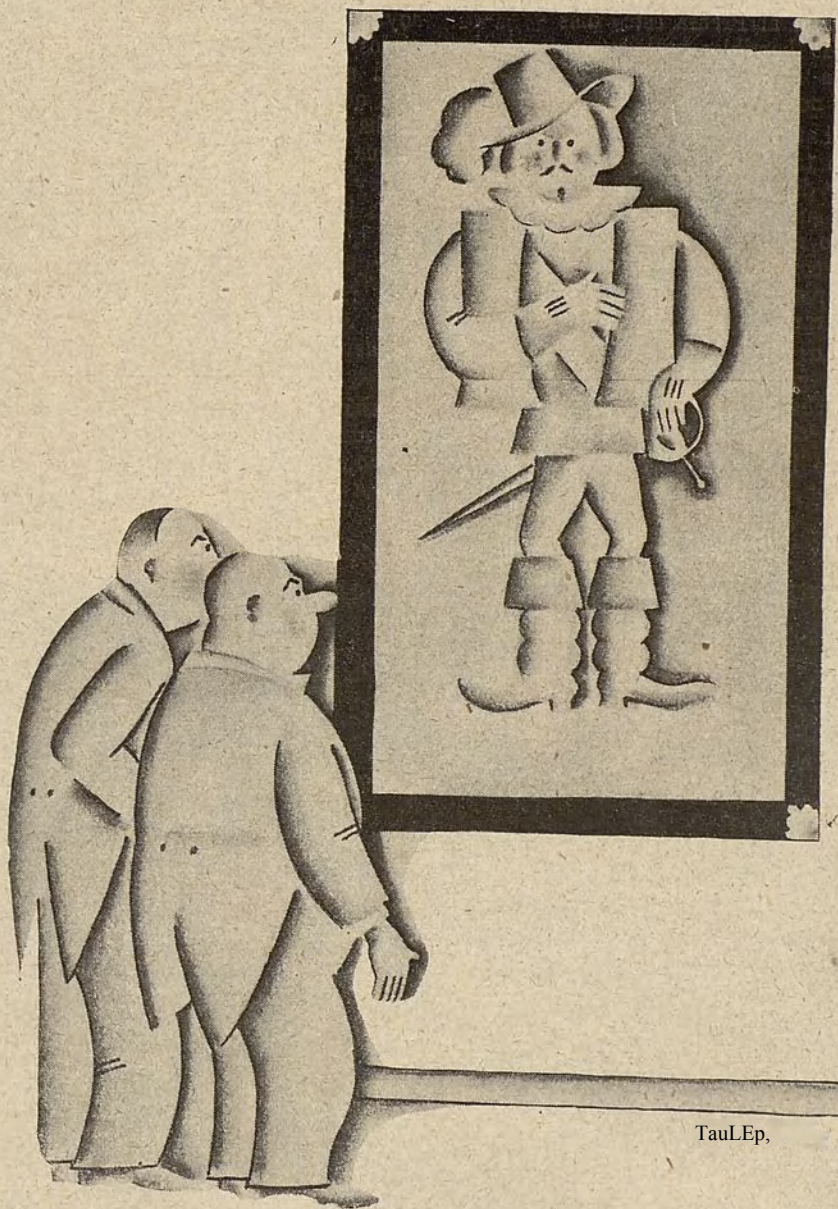
Ticiano, el eterno artista- joven, ía lleció de ciento cinco primaveras; de setenta y siete oioños, Lucas Jordán, y Murillo, que pintó el San Antonio de .a catedral de Sevilla en los últimos años de su vida, de edad muy avanzada.

El célebre músico Auber dió el cal-
derón final a los ooheuta y uno, y el maestro Suppé... superó a todos.

Ahora bien; un -modestísimo mortal que acaba de cum^Jir cincuenta y cuatro añitos, que, comparados con los ^ue Hilaron a alcanzar Moisés, Ase-
-ilao, Eratóstene?, etc., etc., es una eda-d para esperar a que comience a brotar la primavera y marcharme todas las mañanas al Retiro con ocho o nueve camaradas de cuarenta para arri'lxi. y en cualquier plazoleta ¡o-
nerse a. ¡i^ar al marro. Un hombre, repito, que acaba de cumplir esos

pOcos años, no puede consentir, de ninguna forma, que un amigo envidioso le diga: "Ohiquillo, qué viejo eres." Porque si yo soy viejo a les

ENEIÑE GARCIA ALVAKEZ



TauLEp,

—Es uno de mis a<nt^asados.

—¡Qué ocurrencia, retratarse en traje de máscara!

Dib. T^rLEii.—Madrid.



Congelación general

Viene al Prensa esíoe días
daedó horribles noticion'es,
"basta de aquellas regiones
que no se tienen por frías.

El termómetro jaanás
tuvo tanto movimiento.
Hoy día es el instrumento
que suele tocarse más.

No recuerdan los abuelos
frío como el que boy gastamos,
Señores, ¿a dónde vamos
a parar oon tantos hiele«?

"Los lagos, hechos oristales."

"Los ganaderos, ateridos."

"Mucbog trenes, *deteriido*..."
(cual si fueran criminales).

"Se han suependido los tjáficos"
En fin, queridos lectores,

hoy no vienen más que horrores
en los partes tel^raíicos.

Ni un sólo corresponsal
hay que, a partir desde el martas,
no haya apuntado en sus partes
alguna nota glacial.

Hoy lémpaos gigantes
todas las aguas de España.
¡No quedan en Carabaña.
más que sorbetes purgantes!

El frío en VaUadolid
y en Avila es eJrtremado.
El jueves, cubierto ha estado
de escarcha- todo Madrid.

Escriben desde Navarra
que allí hace frío también,
y sólo *templada* ven
alguna que otra guitarra.

Hasta de un bien soleado
linoón españJ hoy vienen
cartais, que no sé qué tienen,
que a uno le dejan helado,
como La de Pilar Prada,
en la cual dice Pilar
que a su niño de mamar
le da leche merengada.

¿Qué Os prueban, lectores míos,
estas notivias iocales?

Pues que hay fríos generales...
(no que hay generales fríos).

Más tenía que decir:
pero el frío lo ha estorbado.

¡ El tintero' se me ha helado!
¡No hay manera de seguir!

JUAN PBREZ 2XJÑIGA



El marino.—¡PftO cómo quiere usted que yo cumpla la ley seca, ú soy un hombre de mar?

Dib. SBRNY. _____ Madrid.



—Parto para un largo viaje, j>ero no te apures,
de mí no tienes más que abrirla.
—¿Tiene algún talismán?
—No. Tiene unos sellos de veinticinco céntimos.

aquí te dejo esta cajita y cada vez que quieras saber

Dib. RAMÍREZ, _____ Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

AVIKKICA FRAGANTE Y ESPAÑA MALOLIENTE

Hemos logrado celebrar una *interview* con Gregorio Martínez Sierra.

Es cosa harto difícil porque don Gregorio se pierde de *view* y no ha podido nadie echarle de la vista encima.

En Barcelona ¡cómo esperaban a pie firme, más o menos bien plantado? en el muelle, una porción de personjitos de esos que llaman “conspicuos” por ganas de emplear palabras feas. En vano esperaron todos; en vano don Gregorio pataditas impacientes en el muelle, a punto de saltar (dios, no el muelle). Don Gregorio quedó invisible.

Después continuó, como de costumbre, invisible. Se oía su voz, se le conocía por sus obras—como a Dios—pero sin dar nunca la cara. Como Dios. Así queda uno siempre como Dios.

Por fin, pudimos conversar. ¿Cómo? Secreto. El reportaje moderno exige discreción. Tal vez por T. S. H.; quizá quizás por T. B. O. o por L. L. L.

Mark Twain en cierta ocasión concedió a un periodista francés una entrevista, pero con una condicional: de no verse: el periodista entraría en la habitación y esperaría hasta ver que por detrás de un biombo, instalado al efecto en la misma, subía un lirolé de humo: el humo del cigarrillo de Mark Twain. Entonces el reportero hablaría y contestaría Mark Twain, hasta que llegara—un momento—en que, de pronto, Mark Twain, no constatará por haberse ido...

Nosotros hemos hecho también algo así; pero más nuevo. Puede que hubiera pantallas; pero, no sabemos nada... Vivimos en plena eutrapelia... Venga la *interview*,

Entramos en un salón de capricho y de buen gusto. Gregorio Martínez Sierra tiene refinada aptitud para sustar y apreciar las exquísitas plásticas. Gregorio Martínez Sierra podía, por su comprensión, y finura, ser una de las personas más capaces

para haber elevado el teatro de estos tiempos... La *mise en scene* le debe, efectivamente, un rumbo, en general aceptado por casi todas las escenas españolas, y que fue iniciado por él o poco menos. En este salóncito donde entramos se nota la mano del dueño.

Sobre una mesa, libros y revistas. Entre los libros cartas, muchas cartas: todas dicen igual; “Sr. don Fulanito... Bogotá... Su obra me gustó mucho... ya lo creo... La estrenaré en llegando... ya lo creo...” “Sr. don Mengano... Antofagasta... Le pondré algunas escenas a la obra; pero la estrenaré, ya lo creo...” “Sr. don Zutano... Puerto Rico... Sus obras, cosa linda; las mezclaré con caracollito; pero las estrenaré en cuanto llegue”.

Por fin sale don Gregorio.

—Sí, triunfa... Verdad es que nuestra expedición americana... Hay aquí ciertos críticos vengados...

—Según, señor, don Gregorio: en América y en España opinan sobre lo mismo. Precisamente hoy hemos recibido una revista bonaerense, *Criterio*; revista sería—no revista de chantaje y de barullo—; revista que está al corriente de lo que ocurre en el mundo; tanto que, mire, por cierto: en este mismo número da cuenta de la publicación, en catalán, del libro de Chesterton, *Heréticos*. Hasta de eso se enteran y—como el libro es precioso—recogen el acontecimiento y lo pregonan. *Criterio* tiene criterio.

—Y ¿qué dice de mí?

—Pues hace en un artículo el resumen del año teatral y al hablar del Teatro español—reentado esta vez por usted y Ernesto Vilches—dice estas palabras: “Don Gregorio Martínez Sierra, deseoso de repetir el éxito económico de su primera “tournee”, volvió a instalarse en la Opera,

y tuvo público, pero no tanto como hace dos años. Y es que—lo hemos dicho y repetido—el merengue aburre y el repertorio de Catalina Bárcena, lo es hasta donde basta”. Ya ve usted cómo en Buenos Aires no son igualmente buenos, como aquí, todos los aires que corren.

—Sí, ah... Ya me hago cargo... Abusamos un poco del duodécimo... Por eso hemos estrenado *África fragante*, para sustituir los confites por la perfumería.

—Un verdadero triunfo para usted... El triunfo del *Fin de fiesta*. El fin se ha hecho principio: principio y fin de todas las cosas.

—Es una evolución que he iniciado yo en el teatro. Para defender las comedias buscábamos alicientes de otro tipo. La cupletista, el “tanguero”, el clown más o menos literario... ¡tanto era el llamado *Fin de fiesta*. Y ¿qué fue resultando? Que hasta el Fin nadie era dichoso. Que ¡ah! por el Fin, no por la tajada, como esas criaturas desganadas que sólo comen los postres.

—Y ¿a usted no le parece que es funesto, que es pernicioso para el arte del teatro, mezclar ambiguamente géneros incompatibles?

—¿Por qué son incompatibles? ¡No es más fácil tragar la droga amarga si se ofrece mezclada con jarabe?

—Esa combinación es propia para enfermos. Cuando no hay más remedio que tragar, venga el ricino con café... Pero con café o sin café, luego es ella... Las personas que están en sus cabales y están sanas, no mezclan lo que no deben; tráganlo cuando están en la oficina y así salir de la oficina se van al cabaret, ponga por caso; pero no se les ocurre llevarse a la oficina, para que el trabajo se les haga más ameno, dos o tres cabaretistas...

—Por eso le he terminado, como ve, por deslizar los terrenos.

—Y ¿quién prepara ahora?

—¿Algo precioso: la vuelta.

—¿Qué vuelta?

—¡La vuelta a América...

—¿Y qué más? ¿Y aquel proyecto de formar un comité con doña José Ortega y Gasset y otros muchos para aceptar usted de piano y estrenar las comedias que ellos escogieran?

—Una medida prudente... Un medio de evitar murmuraciones. Uno lee las obras de las gentes, y si después no las hace, dan las gentes, a veces, a decir que pongo en mis comedias los efectos de las obras ajenas que me hicieron buen efecto... Así se evita eso... No, no... Que lean los demás.

—Pero veamos, don Gregorio. Eazonemos. Si «se Comité le recomienda comedias que estén mal y usted lo ve cómo ha de arruinarse y a conciencia de que se arruina? Y si le recomienda comedias que usted ve que están bien, ¿por qué no las hace usted aún que nadie se las imponga? ¿Qué necesidad tiene usted de correr al albur primero si nada va a ganar en el sfundo?

—Eso le prueba a usted, a ojos vistos, mi absoluto desinterés en la propuesta.

—¿Es que parece más bien que es lo contrario: que usted quiere hacer la prueba cargándole el mochuelo a los demás, a ver qué pasa... ¿Que la obra escogida es buena? Tendrá usted siempre un aval que le da tono a la obra y da cartel a usted. ¿Que la obra es una facha? Siempre hay tiempo de no hacerla...

—Usted tiene de mí una opinión desfavorable; sin duda usted es autor, me ha traído usted alguna obra y yo se la he rechazado.

—No, señor... Yo sé que usted jamás rechaza obras!... Al contrario: acepta las que estrena y las que no piensa estrenar...

—Soy tan blando... tan piadoso... quiero tanto a mis amigos que me «stoy años y años diciéndoles que sí, que les voy a estrenar todo, sin valor para decirles lo contrario... La ilusión es tan hermosa que quiero conservarte la ilusión... No en vano soy el autor de *La Mentira piadosa*...

—¿Y no ha probado usted a ser piadoso en necesidad de mentiras?... ¿Qué cree usted preferible: que estrenara García Lorca con usted cuando usted se lo prometía, o que se quedara el infeliz con la ilusión de estrenar hasta que otra empresa lo hiciera?

ra? Y López Rubio, ¿qué, debía esperar también, o debía estrenar como a hora? Y los Machado, ¿qué, debían estrenar en todas partes antes de estrenar con usted?... Y el mismo Ardevín, ¿qué, debía triunfar con los demás para que usted lo acogiera? ¿Y Joaquín Montaner?... ¿Y Pérez? ¿Y González? ¿Y Rodríguez?

—Pero, escuche: ¿se cree usted que esas obras, las obras de todos esos dieron ningún triunfo verdadero?... Ninguno de esos autores han dado hasta el presente obras cuajadas... maduras...

—Pero no todo, don Gregorio de mi vida, ha de estar maduro, maduro... Hay que tener arrestos, gallardía, piedad—no mentirosa—y hacer lo que hicieron todos, eso que han hecho en efecto las cuatro o cinco empresas que estrenaron, arriándose,

las obras no maduras que usted iba dejando...

—Se cree usted que yo no estrené en mis campañas muchas obras imperfectas?...

—Eso es cierto, á. señor... Las de usted, especialmente... Algunas traducciones de usted... Algunas en que usted tomaba parte... Y algunas otras de otros mucho más agraecidas todavía que las que usted rechazaba... Verdad... Pero diga, don Gregorio...

Al llegar a este punto presentimos que la comunicación se ha cortado...

Prácticamente... Llamamos otra vez... Siendo... Gran silencio...

¿Hemos soñado?... Quizás... ¡Mí si sueño, por la vida nuci.tra!...



—Si va Juanito el domingo no voy con vosotros a la sierra.

—¡Pero si Juanito es un chico encantador!

—En Madrid, sí; pero en la sierra es un fresco que corla.

Dib. PICÓ.—Madrid.



¿QUE HORA. ES?, por Greor^es Dolley

La familia de Fondoy había re-eueM« pasar las vacaciones en Deauville.

La familia de Fondoy se componía de Edgar Fondoy, el cual ganaba, mucho didero como comisionista; su mujer, Inma, bella, rubia, cuyos cabellos, OT otro tiempo, le libaban hasta las corvas, y el hijo ds sus amores, León.

Edgar ee iabía casado con Ima por el pelo; pero, en virtud de la mûda actua, la esposa, no tñia más que tres centímetros de cabello. Snob, Mr. Fondoy, no decía nada; pero se sentía defraudado, más aún, robado, por cuanto ¡había pactado el nígocio con más de un metro de p^o y ahora no había más que tres centímetros despreciables. León, el hijo, de diez años de edad, tenía Jos calillos iroás largos que los de su mamá. Estudiaba en un colegio de poslin.

Ya conocéis a la familia de Fondoy.

Ti^os lee años aumentaban las ganancias de Edgar, y sus veraneos eran testimonio de aquilas. Cada vez iban a un sitio más el^ante. Pasaron de Brighton a Etretat, de aquí a Para-

mé, de Paramé a Houlgate y de Houlgate a Cabourg.

Este año lee correspondía ir a Deauville. Allí se instalaron en una ki^osa "villa".

El primer día Fondoy arengó a pu familia diciendo:—Vamc® a pasar un mes delicioso, haciendo vida de Na*babs. Toma, hijo, quinientos francos para tus gastos menudos. Toma, tú—dijo a su mujer—, cinco mil francos para tus capricflios.

—Es demasiado, Edgar.

—Es demasiado, papá.

—No, no os preocupéis. He traído cincuenta mil francos para pasar este mes—y al decirlo se dió un golpe con la mano en el lado derecho, donde llevaba la cartera.

—Podemos estar tranquilos.

—Sí, ya lo creo.

—¿Qué hora es?

—Todos los relojes están parados.

—¿No has ob^rvado que nunca andan los relojes en las "villas que se alquilan".

—La cosa no tiene importancia—dijo León—, Son las cinco—y sacó del bolsillo un soberbio cronómetro de oro, que le había r^alado su abuela

cuando el chico hizo la primera comunión,

—Sí, son las cinco—dijo el padre—mostrando UD hernioso reloj de p'atino, que le había regalado su mujer por su santo.

—Son las cinco—dijo la madre, mirando la hora ea un delicioso reloj de pulsera, adornado de brillantes, regalo de su marido.

—No nos faltan relojes de bolsillo; por lo tanto, los de pared pueden seguir parados. Siempw podemos saber la hora—dijo Edgar riendo.

* * *

Cerca de la plaiya ihay una barraca, en la que se ju^ a la i-otería. Se ^uede ganar allí solamente objetos: un tiesto, conejos vivos, etc.

El joven León, quien se dirigía a jugar al tennis, con la raqueta debajo del brazo, se detuvo interesado y aventuró un franco. Una hora después, en lugar de sus 500 francos, tenía un conejo vivo en sus brazos.

—¿Qué hacer?

Sus amiguitos, cuyos padres eran amigos también de los suyos, le esperaban para ji^ar al tennis. Y necesitaba pagar cien francos de cotización. ¿Qué diría su padre?

—He perdido los quinientos francos que tenía—dijo al dueño de la barraca.

—No se debe jugar.

—Necesito cien francos.

v-Yo no puedo hacer nada.

—^Mi padre ee va a poner furioso.

—Que se ponga, a mí qué.

Sacó su reloj de oro.—Y voy a llegar tarde.

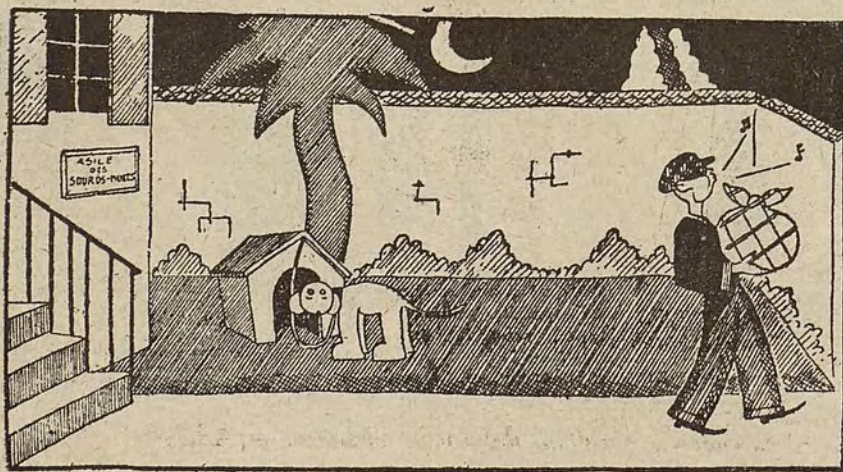
—¿Quieres cien francos por el reloj?

—Pero...

—Me tiraes mañana ciento veinte y te lo devuelvo.

—De aquí a mañana—^penjó León—ya me las arreglaré. Convenceré a mamá, y así sa^dré del apuro.

León entrega su reloj y se va al



El perro dd asilo de los sordo-mudos.—¿Para qué vc^ a ladrar!

(Del Life.)

•tennis, con su raqueta debajo del hiaz, después de dar suelta al conejo.

* * *

El señor Fondoy está vestido de smoking. Su esposa luce rico traje. Van al casino de Deauville.

—Irma—dicen a la muchacha—, ¡a cena para las ocho en punto.

—Está bien.

Sa?en.

Se pasean por los salones del casino.

—¡Hombre, Fondoy!

—¡Hombre, Belón!

Acaba de encontrar un compañero de n°cios. Presentaciones, etc., y se dientan a tomar el aperitivo.

—Te dejo—dice Belón—; voy a la «ala de baccará.

—¿Vas a jugar?

—¡Sí; hay muy buenas partidas.

—Yo nunca he jugado.

—¿Es verdad?

—Te lo juro.

—Entonces ven conmigo; vas a ganar una fortuna.

—Sé prudente—dice la esposa.

■—No tengas cuidado, arriesgaré sólo veinticinco -luises, nada más.

—Bueno; les espero aquí.

Los dos hombres entran en la sala de juego.

* * *

Fondoy saca de la cartera, donde duermen los 50.000 francos, un billete de 500,

—Cuando lo pierda no juego más.

Se sienta a una mesa y se pone a jugar. Un cuarto de hora después pasa por su lado Belón.

—¿Qué?

—Pues, mira—contéstale Fondoy, la c.ira llena de alegría—; he ganado quince mil francos.

—¿Ves lo que te decía?...

Pero, ¡ay! Una hora después, en la cartera donde dormían los cincuenta mil francos no quedan más que los papeles de identidad. Fondoy lo ha perdido todo, todo, hasta el dinero que llevaba suelto y la moneda de oro que colgaba de su leontina.

Va a buRca.r a su amiso Be'ón.

—Oye, he perdido todo lo que tenía encima; voy a telegrafiar a París; pero no puedo quedarme sin dinero; préstame un billete de mil francos.

—Imposible, yo también lo he perdido todo.

—¿Qué haríamos?

—Empeña el reloj y lo sacas cuando recibas dinero.

Y el reloj de platino, ¿lo de su esposa, va a dormir al Monte de Piedad.

* * *

¿Qué hacía en tanto la señora de Fondoy?

Después de haberse paseado durante un cuarto de hora por la sala, la de^racáada se acercó a la ruleta. Puso diez francos a un número. Media hora después no tenía un céntimo de los cinco mil francos que le diera su marido.

Es preciso desquitarse. Una vecina do mefse cresta 1.500 francos por

el reloj de brillantes. Ella se los devolvería al día siguiente o en el mismo momento si cobeiguiera recuperar su dinero.

¡La señora de Fondoy ha perdido los mil quinientos francos!

» « 4^

Es la hora de la cena.

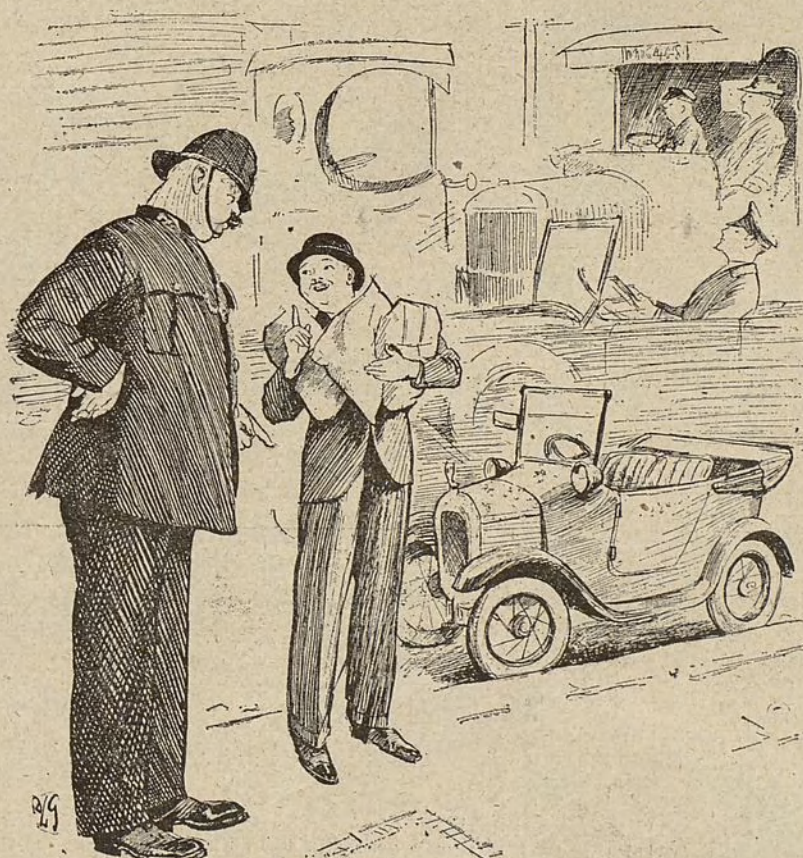
El señor, la señora y el joven León, los tres de muy mal humor, se han sentado alrededor de la mesa.

La cena no está todavía.

—¿Qué hora es?

El reloj de oro, el de platino y el de brillantes han volado. Los de parjd agüen parados, porque no eran neMsarios.

G. P.

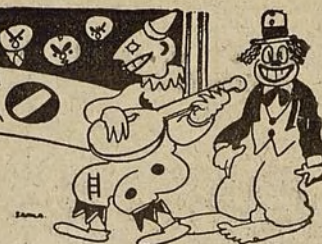


El policía.—Cómo no quite el coche de aquí, le impondré una multa por impedir la circulación.

El propietario orgulloso del coche mimalwa.—¡Adulador!

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para participar en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente nombre y dirección, o pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre que acompañe al trabajo se deberá indicar el número de la revista y el número de la edición. Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Los chistes serán seleccionados por el jurado. Es indispensable que los chistes sean originales y no publicados anteriormente. Los chistes que figuren como autores serán considerados como tales. No se aceptarán chistes que contengan insultos, obscenidades o que atentan contra la moral pública. Los chistes que no sean de autor serán considerados como tales. Los chistes que no sean de autor serán considerados como tales. Los chistes que no sean de autor serán considerados como tales.

A M A D O R
FOT O G R A F O

PUERTA DEL SOL, 13

Jiménez está haciendo una visita a un amigo, cuando de pronto se cuela en la sala un chiquillo muy sucio.

K! amigo, ¿mira, Jiraciez; este pequeño es mi hijo.

Jiménez.—¿Cómo te llamas, pequeño?

El niño.—Antón.

Jiménez (a su amiga).—Yo hubiera creído que se llamaba como el compañero de tu santo. ¿Enrique Soto y Solo? Madrid.

—¡Ay, chiquito, ay! se lamentaba un baturro en la obscuridad de una catedral.

—¿Qué tienes?

—Ay, maño! Enciende la lámpara, que la borrica ira dodo.

Fuencarral, ciencia y ios. dirección que os interesa, por ser el mejor corso de la marca SIEMPRE PRESA.

Presa siempre Presa



—O'í te pasé el naso. Mi suifra, que se empañó en ¡Uirne unas frieaiu. (O'í tueta York.)

El premio corresponde al chiste del número anterior. Siendo así, el chiste de la semana anterior.

En una reunión:

Una señora, al chico de la casa: ¿Te gusta el cine?

El chico.—Sí, señora.

La señora.—Si aciarfais adonde voy los sábados, te doy un caramelo.

El chico.—¡!

La señora.—Si te lo he dicho ya; a un sitio que va mucha gente.

El chico.—A la barbería no será, porque tiene usted un bigote morrocotudo.

M. Y.—Pamplona.

SORTIJAS DE SELLO

Vende las mejores la casa SANJURJO, de oro de ley de 9 s>tas.; chapadas en oro desde 3, grabada en el act*. Envío a provincias remitiendo medida, ioiipor y franque*.

Santo Domingo, número 5- Madrid.

T A P A 9 para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas nna.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

runa patada y no sé si ha sido a la pared o a mí.

Emilio Mascort—Sevilla,

—¡Ay! ¡Mi marido gravísimo! Pero este telegrama está fechado hace die* días!...

Ei telegrafista. — Perdone la señora; pero como se trata de una mala noticia, no habrán querido dársela de pronto.

Raquell.—Valdepeñas de Jaén.

Un murguista cojo-istá en la cama, y a los pies de ésta tiene colocada la pata de palo.

—Entra un compañero, y, despertándole, le dice:

—¡Pero, Indajcio! Sabes que

tenemos una boda a las nueve, son las ocho y media y estás durmiendo a pierna suelta.

Pedro Soria.—Madrid.

En una bollería;

Una mujer.—Pero D. Crispulo! ¿Cómo está usted en el horno trabajando habiendo entrado esta mañana a su señora?

El bollero.—¡Qué quiere, señora! Ya sabe usted cómo es la vida; el muerto al boyo y el vivo, 'que soy yo, al bollo.

Enrique Soto o' Soto.—Madrid,

• AndaluMda;

—Yo he visto un hombre con una cara tan grande que él bar-

SIEMPRE NOVEDADES

Dño Montera, 45

nua

Tel. 16830

bero lo afeitaba con un descanso de veinte minutos entre carrillo y carrillo.

—Eso no es nada para ei Queyo vi en un cuartel. ¡Mire usted si tendría la cara grande, que er capitán le daba las bofetadas con un bacalao!

F. R. N.—Sevilla.

Cosas de chicos;

La mamá y el papá, que soobajitos de estatura, van de paseo con su niño; encuentra el padre a un amigo alto, el cual, después de los saludos de cortesía y de hablar del tiempo que hace, le pregunta al niño, que es muy listo;

—¿Cuántos años tienes?

¡Qué lamparas más bonitas vende Romero, pardiez!

El que le compra a ROMERO vuelve enseguida otra vez.



—¡Horroroso! Me perdido la cartera.

—Te has repistrado todos los bolsillos?

—Todos menos el del interior del saco. No me atrevo. Si tampoco, la encontrara en esc. se me menta de disaislo! yCDt.Dorfbartier., Bortin.)



El hotelero.—Disculpe, s'ñor ■
tero, Jtw es usted el barón de
jrluris... Afuera jo esperan
doi señores de la policía.
El joven elegante.—¿Dos sc-
ñores de la policía?... ¡Ua bro-
ma!... Yo no lo soy el barón de
Grwpis...
El hotelero Por eso inisi, o
es P<^ lo que le &njca...
(Magge...er Blaatter,
Munich.)

—Siete años ciwnpU el lunes,
señor.
—Muy bien. ¡Y qué quieres
ser?

—(Mirando al caballero de
pies a cabeza). ¡Quiero ser gi-
gante!

Carlos Atienza^ Madrid.

Una pareja de la Guardia
civil se encuentra a una gitana
ipor la carretera y, por jiasar
el rato, la para, y le dice uno
de los guardias;

—Buena mujer; no te de-
jaré pasar hasta que no me echas
una maldición.

—Ay!, várgame un divé,
señó guardia, si yo no sé jase
eso.

Pero el gMardia, que conocía
la casta de pájaro que era, a
fuerza de insistir, no tuvo más
remedio la gitana que hablar.

—i'os mira—le dice—iwrmi-
ta Dió que te trague un pavo.

—No, eso no es una maldi-
ción. Eahaimela de las que tii
eatfs acostumbrada.

—Aguanta, esaborio, si no
m'as deijao terniiná... Que te
trague un pavo y dentro te iaga
la ruea.

X y Z Jerez.

Un sujeto es desaihuciado de
la casa donde vive y saJe de su
domicilio oon todo el ajuar a
cuestas. Al poner el pie en la
vía pública se despide dU due-
ño de la finca de esta manera:

—^Permita Dios se prorrogue
ej decreto de alquileres duran-
te veinticinco años, ¡tío mala
sangre! Ojalí que pase por de-
bajo de -su finca un túnel del
Hitropólitaao y le concierta a
usted la casa ar tai' acordeón,

r cuando el acordeón se cierre,
que esté usted eobraido los re-
cibos, ¡¡tío casero! ¡! "Vaimos,
hombre! Echame a mi de la
casa por cuarenta y ooho inde-
centes meses de alquiler que le
ilAo. Y entoavía se queda con
el mes adelantao, ¡tío morra!!
¡3i caalbonero—Madrid.

De visita:

—Anda, rico, dile a'esta se-
ñora cuántos sacramentos bay.

^—Ninguno.

—Carambla, gsapo! ¿-Cómo
ninguno?

—Sí, señora. A mi abuelito
le dieron ayer los últimos...

T. Rueda Durante.

—¿Oíál es el animal que
tiene ojos y no ve, oídos y no
oye, boca y no come y patas y
no anda?

—Un burro muerto.

Juan Ruiz.—Madrid.

Entre dos amigos:

—Oye, Pelayo, el específico
que inventaste para crecer el
pelo, ¿te dio resultado?

—Un resultado ma^ífico.

—¿Sí? Hondíre, lo celebros
pero entonces, icómo no conti-
nías ejaplotándolo?

—Pero si continúa, lo que es
que me ocurrió lo siguiente:
Viendo que nadie me compraba
in frasco, se me ocurrió la ma-
ravillosa idea de encargar a un

canpintero 7.000 tarugos de ma-
dera, le unté a cada uno un
poco de n;í invento y hoy me
dedico a la venta de chillos en
gran escala y con mucho éxito.
"Ha vuelto Armaudo J'arana".

Melilla.

La iiiiauíá, Luisito; levánta-
te, hijo mío, que son las siete
y te acostaste anoche a las sie-
te. así es que llevas doce horas
durmiendo.

El niño. ^Pero, mainá, si no
he don lido. ¡No ves que de
siete a siete no-va nada?

Llancito Sivil Madrid.

ün borracho, llendo por la
calle, cae ail studio, quedando
desvanecido a causa del golfe.
Le llevan a la Casa de Soco-
rro, donde el médico de guar-
dia le vierte agua sobre la cara.
Cimndo él borracho abre los
ojos, el médico le pregunta;

—¿Cómo se llama usted?

—Usted sabrá.

—¿Por qué he de saber yo?

—¿Pues no me acaba de bau-
tizar?

Cartuchero Echevarría
(Vizcaya.)

—En (qué se diferencia una
cocina del mar?

—^En que en ia cocina hay
cacer-olas y en el mar ya es-
tán hechas.

Doña Tufitos.—Madrid.



La mujer dd dantista.—La doncella está con
nosotros desde hace un año. Creo que debemos
haicerle un regalo.

El dentista.—Perfectamente. Dila que le ex-
iti«!» lawa. uiOTte«-gsatis.

(De The Passinn Sitow, Londres.)



La daana caritativa.—¡Pobre
chiaullo! No, ¡lores más v dime
tu nombre v dónde viyes...
lil mxiohacho.—No lo sé. Ano-
che nos mudamos o una calle
ave no conoeco. Y mamá se ca-
só otra vez esta mañana.
(De Pêlé-Mêle, Paris.)

CANA/



INVENTO
MARAVILLOSO

Para volver los «ahellot
blancos a su color primi-
tivo i los 15 días de
darse usa loción diaria.
Su aoaón es debida al
oxígeno del aire, por lo
que constituye una nov*.
«Ud, No mancha si la
piel ni la ropa. La eu-
pa desaparece rábidamen-
te. Ojo con las unitisio-
nes y falsificación».*

Df»»-nf/i fn toda* pwirt

LABOIATOÍO
CASPE SA
BARCELONA

CUPON

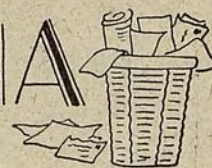
correspondiente al n.º 377 dt

BUEN HUMOR

que deberá acompañar s to-
do trabajo ^e se nos remi-
ta para el Codcutso 4>eniia-
mente fle chistes o como co-
laboradores 'egpóltariéps.



CORRESPONDENCIA



HUY TA^TTCUI-A'U'

Argüeso. (Zamora.)
Se adivina, amigo Argüeso,
leyendo su prosa un rato,
<¡ue usted no es ua literato,
¡ Usted lo que es. es un hueso!

Ribalta. (Málaga.)
Lo3 sisas de una criada
m nos han gustado nada.

E. B. L. (Valladolid.)
Pocholo ha estado bestial
nos ha parecido mal,

V. O- A. (Madrid.)
El susto de don Toratalg
fios ha dado muy mal rato.

Belín. (Vigo.)
La carnavalada triste
es lo más malo que existe,

C. P. R. (Alicante.)
Bj reloj gite da las dos
no tiene perdón de Dios.

A. R. D. (Sevilla.)
La perplejidad del cura
tiene una enorme *asaira*.

Conrado. (Cáceres.)
Los apuros del Reverte
tienen un clor muy fuerte.

Ardix. (Madrid.)
Cazar pájaros con honda
es tan ingenuo que monda

D. P. S. (Bilbao.)
Viaje a las Islas Marianas
«dáce cosas muy marranas.

F. D. C. (Cádiz.)
La odisea del sombrero
es un churro verdadero.

G. R. L. (Madrid.)
Elogio de ¡Venceslao
es muy tonto y muy *pesao*.

Chin-Chón. (Tarragona.)
El citte me gusta poco ■
no ie hace reir ni á un iocr.

H. M. G. (Palma de Ma-
llorca.)
Loi cuentos del abtiehto
son a cual más candidilo.

V. C. F. (Madrid.)
OecadeMia del poeta
no vale media peseta.

S. R. C. (Córdoba.)
i Que Pepa Sannper se aguo4:te
tiene poco de galante.

T. B. L. CVitoria.)
Ni la llanura ni el cerro
es más triste que un entierro.

Resignado. (Madrid)
Rimas de poco iuportancia
es cosa que huele a rancia. -

I. M. C. (Huelva).
El mal humor del doctor
Jio es propio de BUEN Huao».

Ris-Rás. (Madrid.)
El imperto de ¡a risa
vn al cesto más que de prisa.

Noy. (Barcelona.)
Sonrisas de Barcelona
se va también a *Ceslono*.

L. G. B. (Zaragoza.)
¡ Protestemos de ese impuesto!
igualmente mateaba al cesto.

A. M. C. (Sevilla.)
Chistera, flexible o gorra
asimismo va a la porra.

Incongruente (Burgos.)
Reflexiones de un peatón
nos ha dado el gran *tostón-*

C. A. T. (Madrid.)
El arroyo escandaloso
es tremendamente soso.

B. T. A. (Falencia.)
El pollo de la trinchera
es luna cosa muy huera,

R. G. R. (GranadaO)
El an4alas y el inglés
tienen escaso interés.

C. P. T. (Madrid.)
La carrera de Paulino
vale menos que un comino.

Aficiones. (La Coruña.)
Vulcano cierra las fraguas
es más feo que hacer aguas.

D. J. A. (Madrid)
El futuro no es perfecto
también es muy incorrecto.

A. L. T. (Cartagena.)
Heliodoro y fu conquista
no es propio de esta revista.

S. C. M. (SevUla.)
El vecino del segundo
tiene un final muy inmundio.

K. Tite. (Madrid.)
Granos de cloruro sádico
iw sirven nj & procio módico.

Graniles fantasías

MADRID - VIENA

MONTERA, 41—CAMISERÍA

H. D. R. (Madrid.)
Capuletos y monescos
nos ha dejado tan frescos.

B- N. T. (San Sebastián.)
Cartas desde el Urumea
■ es una cosa muy fea.

L. M. V. (Barcelona.)
i Adiós a ia mascarilaf
no es tampoco muy bonita.

E. G. S. (Aranjuez.)
La tvadición está rota
resulta en exceso idiota.

A. M. L. (Madrid.)
Descubrirse no es molestia
es ya demasiado bestia.

R. Q. E. (Madrid.)
I-a¡ gangas de Marcelino
es un cuento poco fino.

Z. L. N. (Salamanca.)
..Se impon« ya echar el resto
es' sus mifajas deshonesto.

N. S. C. (Madrid.)
Divagación matemática
es de gracia problemáticas



El parroquiano.—Si usted ercomienda éste res-
taurador del cabello, ¿por que no lo usa para su
calva?

El dependimie.—¡Ahí Es que yo soy él modelo
antes de usarU...

(De The Passing Show. Londres.)

CREMA



MmA

RECO

mwu&mms

NADA COMPARABLE POR SUS MARA-
VILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA
RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA
CONSERVACION DEL ROSTRO HA-
CIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL
TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADA
SA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TER-
SURA Y LOZANIA HACE DESAPARE-
CER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRE-
SIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL
CONSERVANDOLA DE TODA IMPURE-
ZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROS-
TRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN
ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO
DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ
PARA PRESERVARLA DE LOS PELI-
GROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

BEPOSOTT/aED©
URQUIOLA-MAYOR.1
T^A.DFHE>

Talldries dte PRjENSA NUEVA. Calvo Astais», 3.—Madriy.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



V.
—xa vesj estos zapatos me ios compré hace un mes ¡ Jy ya los tengo rotos!!...
—Desengañate. Ultrasio: eres una destrozona.

Dh. CASERO.—Maaiá